

Polémicas de ARCO 97 o «Del inconveniente de haber nacido»

ARCO se ha convertido en un fenómeno muy representativo del particular estado del arte y la cultura en nuestro país. Ambos han pasado de ser un cero a la izquierda a ser ceros a la derecha. Han saltado –casi– de la marginalidad a la contabilidad. De ser vicios secretos, a comuniones colectivas. Y todo esto no por una epidemia de sensibilidad, o como resultado de décadas de instrucción pública decididamente humanista. La pértiga que ha hecho posible el prodigio es el descubrimiento del potencial de consumo que encerraban el arte y la cultura. Bien es verdad que primero había que presentárnoslo como algo deseable, que es lo que están haciendo los grandes entramados mediáticos, cada vez con más intereses en la industria cultural. Como resultado, no estoy seguro de que seamos más capaces de comprender mejor el mundo que nos rodea, ni de experimentarlo de forma más personal, lo que parece que nos deberían proporcionar nuestras nuevas aficiones. Estoy seguro, en cambio, de que gastamos en ellas más dinero y más tiempo que nunca. Y de que genera la posibilidad de escribir artículos sobre su situación, entre otros y mejores medios de vida. Esta compleja situación queda resumida con una muy española unanimidad para el desprecio, como sigue: en este país falta de todo, y hágase lo que se hiciere, no es lo que se debería hacer.

En esta edición de la Feria, según informaciones aparecidas en prensa, el número de visitantes ha crecido un 8%, alcanzándose la cifra de 180.000. Han participado 212 galerías de 30 países, lo que representa un incremento del 30%, de las cuales 98 fueron españolas, 34 procedían de 14 países latinoamericanos y el resto se repartió entre Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia. A estos stands hay que añadir otros: los del Proyecto Salas, dedicado a espacios expositivos institucionales, y los correspondientes a revistas y ediciones de arte. Este año ARCO ha destinado un apartado especial al Arte Electrónico y, como en ocasiones anteriores, ha promovido un ciclo de conferencias y mesas redondas con el título «IX Encuentro Internacional en el Arte Contemporáneo». Aunque no haya aún datos concretos, parece que las ventas han superado las previsiones, y que la impresión general ha sido de una incipiente normalización del mercado,

tras la euforia de los ochenta y la crisis del principio de esta década. Sin embargo, parece parte consustancial de la feria una serie de polémicas que va desde el criterio seleccionador de las galerías participantes al que rige las invitaciones (subvenciones) cursadas a otras. Otro tipo de críticas va más al núcleo del proyecto, a la orientación que ha ido tomando y a su idoneidad como estímulo comercial.

Aunque ARCO es una feria, es decir, un enorme escaparate de objetos en venta, es un hecho que desde hace años se ha convertido en el mayor acontecimiento artístico de la temporada. Que el número de visitantes de ARCO compita con el de otras ferias de IFEMA, como Expo Ocio o FITUR, no significa que haya en España tantos compradores de arte como «ociosos», sino que subraya esa dimensión cultural, tanto o más que comercial, que ARCO ha adquirido. Este aspecto ha desencadenado comentarios muy duros por parte de algunos críticos. Refiriéndose a su efecto dinamizador del comercio de arte, Calvo Serraller, por ejemplo, ha escrito en *El País*: «Que tras 16 ediciones consecutivas no haya habido progresos sustanciales al respecto puede tener su lógica, pero lo sorprendente en el caso ha sido la simultánea metamorfosis de ARCO en un extraño espectáculo de masas, donde el público visitante, no es que no se comporte como cabría esperar, sino que la propia organización del evento parece satisfecha de que así ocurra y lo estimula (...) La presencia institucional, y de todo aquello que en nada o muy poco tiene que ver con una feria, sigue creciendo de forma incontenible». Para tener un punto de referencia habría que imaginar, por ejemplo, una Feria del Libro con algunas casetas subvencionadas por la organización, la participación de bibliotecas que mostraran sus fondos y una serie de actividades paralelas como presentaciones, mesas redondas y talleres de creación. Ante este tipo de críticas, Rosina Gómez Baeza, directora de ARCO, respondía así en *El Mundo* acerca de ese énfasis en lo cultural: «Nosotros no le damos esa pátina, sino que es consustancial al objeto artístico. El arte forma parte de la cultura. Otra cosa es que nosotros queramos facilitar el conocimiento del arte a través de ciclos de conferencias (...) Esta parte de difusión artística es también interesante y creemos que es algo que necesita la sociedad». Este propósito se concreta efectivamente en cursos, muestrarios de catálogos y revistas, stands de centros culturales, premios a la obra de arte preferida por el público (como el organizado por *La Revista de El Mundo*), etc. Acertada o no, esa política es una de las causas que atraen visitantes a ARCO, dando como resultado un caso ejemplar de cultura convertida en espectáculo. Álvaro Delgado-Gal, en *ABC*, enjuiciaba así la feria: «Los lienzos de los buenos pintores, en este hangar destartalado, flotan como cáscaras de nuez en mitad de una formidable avenida de agua (...) El problema no es que se vean mal. El problema es mayor: es que se rompe el hilo sutil

que une al arte con el mundo inteligible». No sé hasta qué punto es inevitable que sea así en este tipo de eventos, pero en todo caso puede concluirse que con ello, a juicio de algunos especialistas, no funcionará correctamente el encuentro entre la oferta y la demanda.

Otro aspecto polémico, aunque tratado con más benevolencia, ha sido la organización de la presencia latinoamericana en ARCO 97. Octavio Zaya, un comisario de reconocida competencia en este ámbito, fue el encargado de la selección. Si ya es problemático elegir obras y galerías de nada menos que 14 países, más debe serlo conjugar el interés artístico con el comercial. A pesar de las ayudas económicas que estas galerías recibieron de la Agencia Española de Cooperación, su objetivo lógico ha sido vender cuanto trajeron a Madrid. En este sentido, lo expuesto en la Feria no tenía por qué ser lo más interesante de la producción del continente, sino lo más susceptible de ser comprado. La mayoría de las críticas han incidido en lo que tiene de arbitrario y falsamente homogeneizador un tipo de selección que mete en el mismo saco a países tan distintos entre sí como Brasil, México y Chile, por ejemplo. En todo caso, la idea de dar protagonismo a Latinoamérica así como la abultada –y espontánea– presencia del arte portugués, bien podrían acabar configurando la personalidad de ARCO como cabeza de puente transatlántica y espacio privilegiado del arte peninsular.

En ARCO la fotografía ha ido ocupando a lo largo de sus ediciones un papel cada vez más importante. Sigue sin existir para ella un mercado suficientemente consolidado y su coleccionismo es incipiente, por lo que ARCO mantiene su programa de apoyo a través de invitaciones a galerías especializadas. Es también el medio artístico donde se han querido correr menos riesgos, prefiriéndose la espectacularidad y la objetualidad a cualquier otro criterio. ARCO ha querido también mostrar las posibilidades del Arte Electrónico en sus tres vertientes: arte sonoro, videoarte y arte cibernético, mundos aún poco conocidos por la mayoría de los aficionados y coleccionistas. Además de las consabidas conexiones a través de Internet con las «páginas» de creación e interacción, se ha podido experimentar por primera vez con la posibilidad de la creación colectiva. Tal vez el modo más sencillo de introducirse por los vericuetos del teclado sea acercarse a las obras de artistas «convencionales» como Brian Eno o Zush, que han creado CD Rom para explorar sus peculiares universos.

ARCO 97 ha abarcado desde la presentación oficial de proyectos como el Museo Guggenheim de Bilbao y la escultura de Chillida para Tindaya, hasta la promoción de un grupo de galerías dedicadas al llamado «arte emergente», en las que podría verse lo que se supone es la creación artística más innovadora. Las críticas aquí recogidas dejan constancia de sus debilidades, siendo una de ellas precisamente un eclecticismo que se entiende más bien como cajón de sastre, y una cierta desviación de lo

que debe ser una feria de arte. Tal vez sea así. No siendo ni galerista ni artista, y tratando de identificarme con el curioso espectador, nada de esto parece un inconveniente, sino –si me apuran– lo contrario. El quid de la cuestión sería entonces ver hasta qué punto hay una demanda de fenómenos artísticos y culturales –aunque no sea de comprar obras– que no encuentra cauces mejores que ARCO. Los espectadores pagamos por ver y escuchar y nos sentimos satisfechos con ello. Podría tal vez disociarse este tipo de actividades de lo que es propio de una feria de arte comercial. En ella los compradores se acercarían a las obras en el ambiente de recogimiento que algunos reclaman como imprescindible. Pero no se hasta qué punto no somos nosotros, los curiosos de ojos ávidos y sin un duro en el bolsillo, la mejor salsa para estimular el apetito de quienes van al mercado a comprar.

José María Parreño

